



# CÓRDOVA Y O'LEARY

Humberto Barrera Orrego

**E**n dos de los apuntes de su cuaderno *Recuerdos deshilvanados* (*Detached Recollections*), “Anécdotas referentes a la batalla de Tarqui” y “Observaciones sobre Córdova”, dice O’Leary: “yo era muy íntimo de Córdova”; “forjamos una especie de intimidad que se fortaleció por casualidad, ya que solíamos vernos con frecuencia”. No obstante, en El Santuario les ordenó a tres de sus subalternos —en inglés, para que los demás militares no lo entendieran— que le dieran muerte al general antioqueño. Y a pesar de sus protestas de amistad, se empeña en trazar una imagen de Córdova con los tintes más sombríos. Dice que, en su calidad de gobernador, luego de examinar las cuentas de la tesorería en la Ciudad de Antioquia, capital de la provincia, dio la orden de fusilar a los tesoreros, uno de ellos, Antonio del Valle, “un hombre claramente honrado”, de lo cual se infiere que Córdova era un carnicero de la peor ralea. No obstante, la realidad fue muy distinta. En *La leyenda negra de José María Córdova* expuse que no hubo tal acto de crueldad, sino el justo castigo a un funcionario avezado a desfalcarse el tesoro público: treinta y cuatro años atrás, el visitador Mon y Velarde había ordenado que le dieran tormento para que confesara dónde guardaba un faltante en sus cuentas.

En cuanto a los diez soldados realistas que Córdova mandó fusilar, el hecho ocurrió en un país en guerra, bajo la amenaza de la restauración de la Corona española, cuando ambos bandos cometían actos semejantes. Más adelante dice O’Leary que, gracias a la “injunta intromisión” de Bolívar, Córdova fue absuelto de haber ordenado la muerte del sargento José del Carmen Valdés, ocurrida en Popayán el día de los Santos Inocentes del año 1823. Lo que pasó en realidad fue que el Consejo de Guerra reunido en Bogotá para juzgarlo cuatro años después, encontró en el sumario contradicciones insalvables entre las declaraciones de los testigos y una ausencia total de pruebas concluyentes.

Además, de forma simplista, O’Leary le atribuye la sublevación de la tercera división colombiana en Lima, en enero de 1827. El profesor Daniel Gutiérrez Ardila concluye que el entramado de causas que desembocaron en aquellas rebeliones —la promulgación de la Constitución boliviana (que establecía una presidencia vitalicia), las

intrigas de los gobiernos de Lima y Buenos Aires, el resentimiento de las poblaciones locales hacia las tropas auxiliares colombianas, el malestar de soldados y oficiales por la inacción, la arbitrariedad en el sistema de ascensos, los sueldos atrasados, el ofensivo tren de vida de los superiores y sus maltratos, las recompensas no cumplidas, el rigor disciplinario y el desarraigo sin fin lejos de sus hogares tras el fin de la guerra— fue vasto y complejo, y no se puede reducir a un solo motivo.

Insinúa asimismo O'Leary que el general Córdova participó en el atentado contra Bolívar el 25 de septiembre de 1828. Esa noche concurrieron circunstancias fortuitas que lo señalaron injustamente: probablemente en su domicilio de la calle de la Portería, al frente del Colegio del Rosario, Córdova recibía clases de inglés, francés y geometría del

teniente coronel venezolano Pedro Carujo, uno de los ciento cinco conjurados (sin que aquel lo supiese), quien, poco después de la medianoche, se encontró por casualidad con el general en San Victorino. En el fondo, O'Leary intenta justificar su asesinato presentando a su víctima como un criminal empedernido que no merecía más que una muerte infamante.

Aun cuando tenía un rostro “tan hermoso y tan fresco como el de una niña de quince años”, según recordaría muchos años después su edecán Francisco Giraldo, Córdova no era una pera en dulce. En su opúsculo *El Santuario*, su primo José María Arango alude varias veces a su mirada “terrible”, “aterradora”, un rasgo que alguno denomina “la belleza del diablo” y que José María Espinosa plasmó del natural en el retrato en miniatura que guarda un museo de Rionegro.

---

**Retratar a Córdova con cara de seminarista relamido**, como hacen muchos artistas, es un desatino mayúsculo. El general Joaquín Posada Gutiérrez recordaba que era “arrebataado, un poco engreído con su elegante figura, algo petulante, impetuoso y franco hasta la indiscreción”, **“infatuado con el brillo de su bien merecida gloria militar**, de carácter impetuoso y pródigo para con sus subalternos en injurias de cuartel”.

---

El día 4 de junio de 1828, Bolívar lo describió de esta guisa en Bucaramanga: “Córdova es el único [general de división] valiente y militar, pero tiene un carácter duro y absoluto, una soberbia ridícula, una vanidad excesiva, y sólo es bueno en el campo de batalla; fuera de él es peligroso”. La víspera había dicho que “es muy feo el hombre que sólo tiene un buen cuerpo y una bella cara”: hablaba del general Justo Briceño, pero, evidentemente, la pulla le calzaba a Córdova como anillo al dedo. “Su fisonomía era hermosa y su cuerpo lleno de gracia y elegancia”, dice en sus *Biografías militares* José María Baraya, como quien tiene a la vista el retrato del pincel de Antonio Salas, única efigie contemporánea, salvo error u omisión, en la que Córdova lleva el uniforme de general de división con “calzón

de grana con bordados de oro”, según el Reglamento de Divisas y Uniformes expedido por el vicepresidente Santander.

No es posible precisar, a la luz de los documentos de que disponemos, cuándo comenzó la obsesión enfermiza de O'Leary por Córdova: quizás habrá surgido desde su primer encuentro, en marzo de 1818, en Santo Tomás de la Angostura. Al margen del asiento que le dedica en sus *Recuerdos deshivnados* anotó, con rigor de amante despechado, una ringlera de nueve fechas de los hechos expuestos, algo excepcional que no se repite en las demás anotaciones del cuadernillo, ni siquiera cuando se refiere a su más odiado enemigo, Francisco de Paula Santander.

El domingo subsiguiente a la masacre de El Santuario, mientras cabalgaba rumbo a



Retrato de Daniel O'Leary. Autor desconocido.

Rionegro a la cabeza de la división del Gobierno, mandó ofrecerle una onza de oro al subteniente Carmelo Fernández por el sombrero tajado de Córdoba, y algo más le habrá ofrecido al subteniente Víctor Rocha por su sable y su esclavina. Habían desnudado enteramente al difunto, para mayor ultraje, a la vista de la zafia soldadesca: ¿qué sentido tenía despojarlo de un lujoso uniforme que, debido a su rango, nadie más podía usar? O'Leary tenía necesidad de jactarse de aquel trofeo de caza mayor, nada menos que el general que había decidido la acción de Ayacucho, según dejó dicho el general Sucre, que se arrancó las charreteras en el campo de batalla para ascender al gallardo jefe a general de división.

---

**La embriaguez del irlandés al ver a sus pies al objeto de su envidia** lo habrá enajenado por completo, tal como se desprende de su correspondencia de aquellos días, en la que, para halagar a Bolívar y sus áulicos, echó a rodar la fábula de **un Córdoba reptante y plañidero**.

---

El lunes 19 de octubre remitió a la familia Córdoba el sable y el sombrero con una carta. A don Juan Crisóstomo Campuzano le mostró el dormán, de color azul turquí con entorchados de seda negra, empapado en la sangre del prócer. Ese mismo día le mandó una nota al general Pedro Alcántara Herrán en la que dice: “Ya no habrán [sic] más revoluciones porque tiempo ha el patíbulo estaba pidiendo un general”. La familia de Córdoba, seguramente por intercesión del doctor Antonio Mendoza, médico del ejército de los perdedores, le había rogado que les permitiera arrancarle el corazón para guardarlo en un relicario. El irlandés se negó olímpicamente, e impidió asimismo la traslación del cadáver a Rionegro, con el noble pretexto de ahorrarles a sus parientes y amigos un sentimiento mayor, pero en

realidad para evitar, con refinado sadismo, “la delirante apoteosis con que Rionegro habría consagrado los despojos de su hijo máximo”, de suerte que al amanecer del domingo lo sepultaron en el último rincón del cementerio de Marinilla (que en aquel entonces quedaba en predios de la actual Institución Educativa Técnico-Industrial Simona Duque), en una fosa en la tierra, sin ataúd. Si esta serie de actos anómalos no merece el nombre de enfermiza, ¿qué otro nombre habría que darle?



En enero de 1822, el capitán O’Leary fue enviado por Bolívar de Popayán para que gestionara desde el Istmo de Panamá el transporte de los ochocientos cincuenta efectivos del batallón Alto Magdalena, al mando del coronel Córdova, destinados a reforzar el ejército de Sucre, que luchaba por expulsar a los realistas de la Presidencia de Quito, más tarde República de Ecuador. Tras veinte días de navegación, O’Leary partió de inmediato de Guayaquil por la ruta de Yaguachi para reunirse con Sucre en Santa Ana de Cuenca. Córdova pensaba seguir la misma ruta, pero el coronel John Illingworth le dijo que siguiera el camino de El Naranjal (hoy Puerto Bolívar). Hechas al clima ardiente del Caribe, las tropas treparon por un barrizal intransitable hacia una región helada de los Andes, desierta y sin recursos, donde fueron sorprendidas por una borrasca de nieve. Muchos murieron de hambre, otros de frío, y un exiguo número llegó a Cuenca a mediados de abril para comprobar, con desaliento, que tan solo cuatro días antes había marchado Sucre con su ejército. Córdova, presa de calentura y delirios, tuvo que guardar cama durante once días. De los seiscientos ochenta y cinco hombres que embarcaron en Panamá, cerca de cuatrocientos se reunieron en el cuartel de Cuenca. Estalló el parque que llevaban y diezmó todavía más a las macilentas filas del Alto Magdalena. El domingo 12 de mayo, a la cabeza de ciento sesenta hombres, Córdova le dio alcance a Sucre en Latacunga. Doce días más tarde se libró la batalla del volcán Pichincha.

¿Por qué O’Leary, que había permanecido más de un mes con la expedición, resolvió marcharse por su cuenta de Guayaquil por la ruta de Yaguachi? ¿Fue casualidad que el coronel Illingworth, coteráneo de O’Leary, le hubiera señalado a Córdova la escabrosa ruta de El Naranjal, inhóspita y remota? Ventilar estas cuestiones parece obra de hilado muy fino; no obstante, la conducta retorcida de O’Leary en otras circunstancias justifica todo cuestionamiento.



El viernes 9 de mayo de 1828, Bolívar le confió en Bucaramanga a Luis Perú de Lacroix:

[O’Leary] tiene más amor propio y vanidad que orgullo. (...) Tiene en sus modales, más que en el carácter, una dulzura, una suavidad que lo hace aparecer afeminado; pero ¡qué engañoso es aquel aire dulce y bondadoso! Es el áspid escondido entre las flores, y

desgraciado del que lo lastime. Su odio es profundo y permanente. (...) tiene memoria, facilidad y talento, pero su juicio no es siempre acertado (...) tiene astucia, viveza, malicia e hipocresía (...) pero (...) no sabe electrizar ni mover a los hombres [bajo su mando]. Es interesado, egoísta y oculta mal estos defectos.

Curiosamente, dice también que O'Leary "es excelente para ciertas comisiones", pero una cosa muy distinta resulta al echar una ojeada a la hoja de vida del edecán. Fracasa en su gestión de un préstamo en Chile en 1823. Fracasa en 1826 en la misión de conciliación con Venezuela. Fracasa en el intento de concertar un armisticio entre Colombia y Perú en 1828. Fracasa en la misión diplomática de 1834 para solicitar del Reino de España el reconocimiento del estatus de nación de Venezuela. Fracasa también en 1837 ante la Santa Sede en la gestión de un concordato.

En cambio, en Ocaña, durante la Gran Convención, se lució en el papel de espía y embaucador, que le calzaba de maravilla, como se vio al año siguiente, cuando se amangualó con el coronel Patrick Campbell, encargado de negocios británico, que tramaba la perdición de su paisano, el cónsul general James Henderson, y con el coronel Thomas P. Moore, ministro plenipotenciario de Estados Unidos en Bogotá, que usaba de turbios manejos contra su predecesor, el general William H. Harrison.

El lunes 28 de septiembre de 1829, cuatro días después de conocerse en Bogotá la noticia de la rebelión de Córdova en Antioquia, el teniente Dabney O. Carr declaró en el despacho de Guerra contra algunas personas que supuestamente maquinaban con el general antioqueño; a trueque de su delación esperaba ser ascendido y nombrado edecán del general O'Leary. Cuando Edward Tayloe, secretario de la legación estadounidense, le refirió a este la vergonzosa conducta de Carr, O'Leary dijo que no tenía noticia de ello y que Carr había sido agregado a su Estado Mayor sin su consentimiento. No obstante, un testigo presencial aseguró que O'Leary y Carr estaban juntos cuando este rindió su testimonio. Varios ciudadanos extranjeros fueron expulsados de la Nueva Granada a consecuencia de la confabulación de O'Leary y Carr, pero este se quedó con el pecado y sin el género, pues O'Leary no cumplió su palabra de ascenderlo a capitán y hacerlo edecán suyo.

Tras su estruendoso fracaso en las negociaciones con Páez, O'Leary no solamente ansiaba congraciarse con Bolívar: también estaba de por medio la orden de matar a Córdova, dada por el *mantuano* al coronel Florencio Jiménez y aplaudida por el Consejo de Ministros, como se hace patente en varios



Retrato del General de División José María Córdova hecho en 1828 por el pintor ecuatoriano Antonio Salas Avilés. Colección del Museo Jacinto Jijón y Caamaño.

documentos. O'Leary guarda silencio en su *Narración* sobre la muerte de Córdoba, evita mencionar al comandante Hand, su verdugo, y en las líneas finales de su asiento sobre aquel en *Recuerdos deshilvanados* da a entender que murió en el fragor del combate, cuando en realidad fue asesinado a mansalva posteriormente, cuando estaba herido y rendido.

El 9 de noviembre de 1829 dice en carta a su esposa, Soledad Soublette, que Manuel Santamaría, “un importante comerciante de Medellín” (el mismo traidor que diez años antes, tras la fatal caída de Córdoba en la plaza mayor de Rionegro cuando se aprestaba a practicar el coleo llanero, había invitado al coronel español Francisco Warleta a invadir la provincia), a quien O'Leary había nombrado administrador de aguardiente, había sugerido que, en caso de que se adoptara la monarquía bolivariana, el irlandés, precedido en la línea de sucesión por Rafael Urdaneta, podría llegar a ser príncipe. Y en carta del 31 de octubre le cuenta a su mujer de la

propuesta que se ventiló en el banquete del día de san Simón, de “colocar mi nombre en cada ciudad de la provincia en letras de oro, como el más ilustre de los vencedores, el más generoso de los hombres y el virtuoso padre de Antioquia”.

Por su parte, el muy reverendo obispo de Antioquia, Mariano Garnica y Dorjuela, escribió a su rebaño dos semanas después del crimen de El Santuario:

La provincia de Antioquia debe acordarse siempre del benemérito general de brigada y primer edecán del Libertador, Daniel Florencio O'Leary, y de la benignidad del Consejo de Gobierno que lo escogió y autorizó para las delicadas funciones de un verdadero pacificador. ¿Y son estos los agentes de la tiranía? ¿Este es el gobierno tiránico? La religión se ofende con semejantes calumnias.

---

Con pasmosa pericia, el venerable vicario de la religión ofendida hizo carambola a tres bandas: **elevó a los altares al “verdadero pacificador” al destacar sus “delicadas funciones”** (léase ejecución extrajudicial), bendijo la “benignidad” del Consejo de Gobierno **y le colgó al general Córdoba un sambenito que, doscientos años después, sigue aún vigente.**

---

Dice la profesora Rayfield que los descendientes de O'Leary en Inglaterra atesoran una moneda acuñada en Antioquia en honor de su antepasado, y señala que este estrechó aún más sus vínculos personales con los antioqueños, de suerte que muchos de sus amigos, cuando fue encargado de negocios de Gran Bretaña en Bogotá, eran antioqueños. Producen escozor, si no algo aún peor, estas actitudes de los coterráneos del hombre que derramó su sangre para que los principios republicanos, tan trabajosamente conseguidos, no fueran pisoteados impunemente.

El 15 de noviembre de 1829, luego de un mes de hábiles maniobras de “pacificación”, O'Leary se despidió de los antioqueños con un mensaje en el que prodiga lisonjas a “las virtudes y los méritos” de los “ciudadanos y

amigos” de la provincia, “víctimas, mas no cómplices” del general Córdoba, y ultraja hasta el final la memoria de quien ya no podía defenderse. Uno de los párrafos más infames del discurso refuerza de forma no tan sutil la propuesta de coronar a “Simón I”, desmintiendo así su propia afirmación en *Recuerdos deshilvanados* de que “nunca se quiso coronar al general Bolívar”:

Convencidos vosotros, antioqueños, de esta necesidad [“de una reforma radical en nuestro sistema”, que pasaría, a la manera de la antigua Roma y de la Francia contemporánea, de República a Imperio] habéis querido encargarme manifieste al Supremo Gobierno vuestros sinceros y ardientes deseos de ver establecido en

Colombia un régimen político *fuerte, vigoroso y estable*. Uniformes son los votos de la Nación. *La razón reclama su Imperio. La ley su Cetro... La justicia un Trono*. ¿Será sordo el Congreso constituyente al grito de la patria? No lo creo: *los escogidos del pueblo no negarán la Corona de su dicha*.

La referencia al imperio de “Simón I” no es obra de ficción, ni es un única en su género. En la nochebuena de 1829, los soldados del batallón Callao recorrieron las calles de Medellín gritando: «¡Viva “Simón I”! ¡Abajo

los cordovistas, abajo los enemigos del gobierno!». Tres meses atrás, durante un banquete ofrecido en Guaduas a Louis Napoléon Auguste Lannes, duque de Montebello, Rafael Guillermo, primogénito del general Rafael Urdaneta, hizo un desafiante brindis: «¡“Simón I” emperador, pese a quien pesare!», que a buen seguro habrá arrancado una delirante ovación de los convidados, tanto por ser la travesura (calculada) de un infante de seis años, como por obsequiosidad hacia el anfitrión, ministro de Guerra de Bolívar.



Homenaje a Córdoba hecho por el caricaturista Ricardo Rendón

\*\*\*

“Ante el peligro de caer definitivamente en desgracia, O’Leary debe haber pensado, o por lo menos esperado, que la eliminación de Córdoba le devolvería la total confianza del Libertador”. Esta afirmación supone que la iniciativa del crimen fue cosa del “primer edecán”. No obstante, desde su fatídico encuentro con Carujo tras una larga noche de zozobra, Córdoba llevaba una diana pintada en la frente. Una carta del general Juan José Flores al coronel José Domingo Espinar, fechada el 31 de mayo de 1829 en San Francisco de Baba, revela que



José María Córdova retratado por José María Espinosa.

la maquinaria para aniquilar al general antioqueño ya había sido puesta en marcha y que todos querían pescar en río revuelto: “Es ciertamente sensible que el general Córdova se haya hecho tan temible: mas no será difícil anularlo”. Bolívar, que se distinguía por su forma arbitraria de repartir sus recompensas, tal como ocurrió tras la victoria de Pichincha, cuando, sin merecimiento alguno, prodigó galardones y grados a granel a los militares peruanos, a principios de 1827 llamó al general Páez “Salvador de la patria” y le entregó, en aparatosa ceremonia, la espada de oro y pedrería que el cabildo de Lima le ha-

bía otorgado en agradecimiento por el triunfo de Ayacucho; en cambio a Córdova, un mero neogranadino, le dispensó el acero que O’Leary y Hand consumirían en el campo de El Santuario. No es una simple conjetura: varios documentos lo prueban a rajatabla. El más célebre es el testimonio del general Joaquín Posada Gutiérrez:

[...] no se sabe cómo, [Córdova] se hizo a una carta del Libertador al coronel [Florencio] Jiménez, en la que aquel recomendaba a este que vigilara mucho a Córdova, oponiéndose vigorosamente a cualquiera intentona de dicho general, *hasta haciendo uso de su espada llegado un caso desesperado*; pues según los avisos repetidos que de Popayán le daban, era indudable que Córdova conspiraba.

Menos conocida, la versión de Marcelo Tenorio es más cautelosa: su confinamiento en Barinas había dejado huellas indelebles en el ánimo del hondano:

Llegó a un extremo su indignación cuando en aquellas circunstancias en que parecía que el Libertador se empeñaba en ostentar más los halagos que le prodigaba, supo [Córdova] que había

escrito al coronel Florencio Jiménez, que mandaba un batallón en Popayán, previniéndole supervigilase su conducta y que al menor paso que le observara sospechoso no respetase su elevado rango en la milicia, ni la autoridad que ejercía en el departamento, ni la íntima confianza que Su Excelencia le dispensaba, pues en este caso debía ponerlo fuera de combate a todo trance.

Por último, la narración de Córdova, incendiaria y arrebatada, consignada el mismo día que conoció la orden emanada de Bolívar:

¿Y creará Vmd que el Libertador presidente ha puesto una comunicación al comandante del Callao [coronel Florencio Jiménez] diciéndole que en esta ciudad hay jefes de graduación que han quedado impunes de sus crímenes [del 25 de septiembre de 1828], para que tenga el mayor cuidado y vigilancia sobre su conducta, que a la menor sospecha los haga matar, o los mate él mismo con su espada?

En la última misiva que le mandó a Córdova desde Guayaquil el 30 de julio de 1829,

le dice Bolívar que “es muy sencilla” la “historia” de la carta de la sentencia de muerte y, luego de una justificación farragosa y errática, dice que “la firmé sin leerla” y que “tengo que enmendarlas cuando las leo porque Martel se olvida de las palabras y pone las que se le ocurren”. Y más adelante: “Protesto a usted que no he variado de opinión por lo que hace a su noble carácter y lealtad; y que sea lo que fuere de los sentimientos que en usted queden, no creo que nunca dejaré de amarle, como lo he hecho hasta ahora con la más pura sinceridad”. Una vez conocidas sus indiscreciones de Bucaramanga, el tono conciliador, casi paternal, de esta carta ya no nos convence, tal vez porque revive las zalameñas del mono de la fábula para sacar la brasa por la mano del gato, tal vez porque las misivas que les mandó a sus partidarios tras la muerte de Córdova muestran el cobre de su verdadero talante. Aun cuando, como en un folletín romántico, su última carta nunca llegó a manos de su destinatario, no parece verosímil que hubiera podido influir sobre las intenciones de Córdova, dado que poco antes este había declinado su nombramiento de ministro de Marina, otro torpe intento de comprar su complicidad.



En agosto de 1834, O’Leary hizo un alto en su misión oficial por las cortes europeas (delegación que aprovechó para lagartear en Londres una prebenda diplomática en Sudamérica) para visitar a Cork por unos días y recordar los lugares de su infancia y su juventud. Muchas cosas habían cambiado en diecisiete años: habían desaparecido casas y parientes y vecinos, y había casas nuevas y nuevos vecinos y parientes. Bajo el altar tan familiar de St. Finbarr, su iglesia parroquial, conocida como la Capilla del Sur, donde había recibido los primeros cuatro sacramentos, se alzaba desde hacía pocos meses una magnífica escultura de mármol, de tamaño natural, el *Cristo muerto* de su paisano y coetáneo John Hogan, a quien muy seguramente había conocido de joven en las calles de Cork. La hermosa imagen del cadáver de un hombre desnudo, exangüe, ultrajado, desamparado, lejos de su familia y de sus amigos, que dio la vida por sus ideales, traicionado por quien decía ser su amigo, tuvo que haber sido un choque muy violento en la conciencia de un ferviente católico que se escandalizaba de los sacrilegios de José Tomás Boves o de la actitud irreverente de Bolívar en la misa: ese Cristo se parecía demasiado al hombre asesinado por haber defendido la Constitución de la Villa del Rosario. No obstante, su sangre no fue vertida inútilmente: “Simón I” no llegaría a ceñir sus sienes con la corona de

emperador de los Andes, y se vendría abajo estrepitosamente el imperio pergeñado con los restos del naufragio de las colonias españolas en Sudamérica, arrastrando en su ruina al dictador y su cortejo de aduladores.

Años después, a principios de 1849, O'Leary tuvo que enfrentar de nuevo el infausto suceso, cuando su viejo amigo José Manuel Restrepo le pidió que manifestara por escrito sus puntos de vista sobre su participación en el magnicidio de Córdova, para consignarlos en la segunda edición de su *Historia de la revolución de la República de Colombia*. Someter a un cuestionario vejatorio a un súbdito extranjero con un alto cargo diplomático podría parecer una temeridad, o una ingenuidad, sin contar con que nadie, en su sano juicio, cometería la estulticia de incriminarse a sí mismo. En realidad, se trataba de la jugada maestra de un viejo zorro: era obvio que O'Leary se lavaría las manos con argucias de tinterillo: irse por las ramas, esgrimir argumentos falaces, descalificar a los testigos. Si Córdova no había sido el chivo expiatorio, sino una baja más en los azares del combate, ergo el Consejo de Ministros, que había fraguado el proyecto de monarquía y tomado medidas extremas contra el jefe rebelde, y del cual Restrepo había formado parte, estaba libre de culpa.

Pero no se puede tapar el sol con un dedo, ni sofocar con sofismas los escrúpulos de una conciencia intranquila. Ricardo Portocarrero O'Leary, nieto del edecán de Bolívar, impugna como inventada la

frase de Federico Jaramillo Córdova, según la cual “al general O'Leary lo perseguía en su lecho de agonía la sombra de Córdova”. ¿Quién nos dirá las visitaciones que pueden asediar el lecho de un moribundo?

O'Leary, ya se ha visto, era un mentiroso compulsivo. Miente cuando induce al teniente Dabney O. Carr a inventar una conspiración de algunos miembros del Cuerpo Diplomático contra el Gobierno. Miente al no cumplir su palabra de ascenderlo a capitán a cambio de su falso testimonio. Miente en la proclama que pronunció ante el cadáver de Córdova cuando afirma que “la generosidad del Libertador lo elevó al último grado de la milicia y le prodigó los más honoríficos destinos”, cuando Bolívar mismo reconoce en el *Diario de Bucaramanga* las ejecutorias del general antioqueño. Miente en el Detalle de la victoria del Santuario al decir que “salió volando” a proteger a Córdova que lo “buscaba en otra parte del campo”, cuando unas líneas más arriba había dicho que este se había retirado a una casa de teja con algunos oficiales y veinte infantes, la misma casa que les había ordenado a los comandantes Castelli y Hand “forzar y no dar cuartel a los que resistiesen”. Miente al declarar que en esa otra parte del campo encontró “al comandante Giraldo y otros oficiales enemigos” que solicitaban su



protección, cuando en realidad Giraldo se hallaba herido, junto con Córdova, en la tal casa de teja. Miente cuando dice que “Córdova suplicaba permiso para hablar conmigo” y que “me habló de su ingratitud y de arrepentimiento, de la clemencia del Libertador y del gobierno”, pues varios testigos del juicio contra Hand declararon que el general herido se hallaba en estado febril y delirante, incapaz de hilar semejante letanía, que tampoco se amoldaba a su índole insumisa. Miente cuando se precia de su “generosidad” al indultar al exgobernador Manuel Antonio Jaramillo, el excomandante de armas Salvador Córdova y el capitán Francisco Giraldo, ya que en realidad buscaba “impedir que estos prófugos se reuniesen con los facciosos del Chocó, que aún tienen las armas en la mano”. Miente cuando afirma en sus *Recuerdos deshilvanados* que no se pretendía coronar a Bolívar, habiendo dicho todo lo contrario, como hemos visto, en su mensaje de despedida de los antioqueños. Luego de semejante ristra de patrañas, admitir sus protestas de inocencia al cuestionario de Restrepo sería pecar, más que de ingenuo, de mentecato.

---

“Es el áspid escondido entre las flores, y desgraciado del que lo lastime. Su odio es profundo y permanente”. **De haber conocido O’Leary la opinión que de él tenía su venerado Bolívar, ¿se habría vengado de su ofensor, según su naturaleza retorcida, con alevosía y a traición? ¿O habría recibido sus palabras como un elogio? ¿Habría resguardado con idéntico fervor la memoria y los papeles de su ídolo?**

---

Sea como fuere, arrepentido de sus embustes, en las líneas finales de sus “Observaciones sobre Córdova” reconoce al fin cuál fue el verdadero fin de este: “Su final se ajustó enteramente a su estilo de vida. Luchó como un león, cayó y expiró estoicamente, altivo y sin mostrar remordimiento”. Este acto de contrición vergonzante es lo único que cabría esperar del obsequioso y viperino edecán. Entre otros motivos porque, desde que el mundo es mundo, la razón de Estado se halla en curso de colisión con la verdad oficial.

## Referencias



- Arango y C., José María. (1974). “El Santuario”. En: Eduardo Posada (Ed.), *Biografía de Córdoba*, 265, p. 366. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Barrera Orrego, Humberto. (2013). *La leyenda negra de José María Córdoba y otros ensayos*. Medellín: edición del autor.
- Córdoba, José María. (1974). “Carta al general Domingo Caicedo, Popayán, junio 21 de 1829”. En: Pilar Moreno de Ángel (Comp.), *Correspondencia y documentos del general José María Córdoba*. Bogotá: Editorial Kelly.
- Fernández, Carmelo. (1973). *Memorias*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- García Ortiz, Laureano. (1938). *Estudios históricos y fisonomías colombianas*. Bogotá: Editorial ABC.
- Garnica y Dorjuela, Mariano. (1969). “Carta pastoral del 30 de octubre de 1829”. En: Eduardo Posada (Ed.), *Biografía de Córdoba*, No. 290, p. 445. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Gómez Hoyos, Rafael. (1969). *La vida heroica del general José María Córdoba*. Bogotá: Canal Ramírez.
- Gutiérrez Ardila, Daniel. (2016). *La restauración en la Nueva Granada (1815-1819)*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Gutiérrez Ardila, Daniel. (2024). “¿Movimientos de cuartel o sobresaltos republicanos? Los pronunciamientos de las tropas auxiliares en Perú y Bolivia 1826-1828”. *Revista de Indias*, 84 (290), passim, especialmente, p. 16.
- Jaramillo Córdoba, Federico. (1876). *Biografía del esclarecido jeneral de división José María Córdoba*. Bogotá: Imprenta de Echeverría hermanos.
- Moreno de Ángel, Pilar. (1979). *José María Córdoba*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Murray, Thomas; Urdaneta, Francisco; Castelli Carlo y Hand, Rupert. (1979). *Asesinato de Córdoba: proceso contra el primer comandante Ruperto Hand*. Bogotá: Editorial Kelly.
- O’Leary, Daniel Florencio. (1974). “Proclama a sus tropas. Santuario, 17 de octubre de 1829”. En: Eduardo Posada, *Biografía de Córdoba*, 256, p. 357. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- O’Leary, Daniel Florencio. (2025). *Recuerdos deshilvanados*. Bogotá: edición de Humberto Barrera Orrego.
- Portocarrero O’Leary, Ricardo. (1963). “O’Leary, Córdoba y Hand”. En: Eduardo Posada (Ed.), *Biografía de Córdoba*, 271. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Posada Gutiérrez, Joaquín. (1865). *Memorias histórico-políticas. Tomo 1*. Bogotá: Imprenta de Foción Mantilla.
- Rayfield, Jo Ann. (1983). “Después del Santuario. La pacificación de Antioquia por O’Leary, 1829”. *Boletín de historia y antigüedades*, 70 (740), p. 294.
- Rayfield, Jo Ann. (1970). “O’Leary y Córdoba: un examen historiográfico y nuevos documentos”. *Boletín de historia y antigüedades*, 57 (663-665), p. 170.
- Tenorio, Marcelo. (2024). *Confesión de un viejo faccioso arrepentido. Refutación a Florentino González*. Bogotá: edición de Humberto Barrera Orrego.
- Torrens, José Anastasio. (2009). Diario reservado No. 18 (1829). Anotación del 30 de septiembre. Descifrado por Roberto Narváez. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, (38, julio-diciembre 2009), p. 139-163. En: *Cartas desde la Nueva Granada*, op. cit., Apéndice
- Rensselaer, Rensselaer van. (2025). *Cartas*. En: Humberto Barrera (Ed.), *Cartas desde la Nueva Granada*. Bogotá: edición de Humberto Barrera Orrego.

---

## Humberto Barrera Orrego

Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Libros publicados: *José María Córdoba, entre la historia y la fábula* (Fondo Editorial Eafit, 2008); *La leyenda negra de José María Córdoba y otros ensayos* (edición autor, 2013); Marcelo Tenorio. *Confesión de un viejo faccioso arrepentido - Refutación a Florentino González* (Editorial Universidad de Antioquia, 2016-segunda edición autor 2025); Rensselaer van Rensselaer. *Cartas desde la Nueva Granada* (Fondo Editorial Eafit, 2010-segunda edición autor, 2025) y Daniel Florencio O’Leary. *Recuerdos deshilvanados* (primera edición mundial en español, 2025).